

Un genial carpintero



«¡Ah! Tú y yo hemos oído hablar a nuestros padres de aquel **Bruto** de épocas pasadas que habría permitido que el diablo infernal mandase en Roma antes que soportar a un rey».

El otro día fui con **Antonio García Trevijano** a Málaga, para presentar en la universidad su libro —«Discurso de la República»—. En Atocha perdimos el talgo hablando de Bruto. Me recordaba Antonio que **Plutarco** empieza su vida de Bruto mencionando a su antepasado Lucio Junio Bruto, personaje legendario al que atribuye la fundación de la república romana. «Pero no creas que Bruto —me decía Trevijano delante de unos huevos a la flamenca— es el que nos describe **William Shakespeare**. Históricamente, carece de esa grandeza». Cuando vuelvo de Málaga leo en *El País* unas declaraciones del profesor **Conejero** (¿por qué no plagia un apellido menos grotesco?); en las declaraciones dice que Shakespeare escribió obras deleznales. «No era un escritor, era un genial carpintero del teatro, un actor que copió y plagió maravillosamente de los textos que había en su época». Conejero es presidente de la Fundación Shakespeare en España, aunque parece más bien de la de **Voltaire**, porque en vez de dignificar al cisne de Avon, lo denigra. Conejero ha imitado a **César González Ruano** que en una conferencia proclamó para epatar que se ve muy bien que **Miguel de Cervantes** es manco porque el Quijote está escrito con los pies. Yo no soy fetichista y me da igual que el Bruto de Julio César esté copiado de Plutarco, si Shakespeare lo

mejora. Lo mejora porque tiene genio, y porque además conoce la vida; el autor, según **André Maurois**, fue maquinista, actor, copista, corrector de obras.

«Como **Moliere**. El teatro no es solamente el oficio de de escritor, es una lucha cotidiana contra las compañías, los decorados y los poderes públicos. Sólo triunfan los que están entrenados en esa lucha». Retocar las obras clásicas, meterles morcillas, recrearlas, actualizarlas, mejorarlas, también es un arte; pero sobre todo es una de las bellas artes, el plagio. No se puede llegar a la gloria literaria sino calcando las obras excelsas; para conmovier y romper corazones hay que encerrar entre las letras la sangre del escritor. Shakespeare se desangra como nadie por la mano cuando nos transporta con la pluma al miedo y al abismo. No es la primera vez que se acusa a Shakespeare de ser un fusilero, pero si lo fue, convirtió un delito en la obra de arte más original. No se puede mejorar a los clásicos, si no es imitándolos, destruyéndolos como él hace con **Suetonio**, con Plutarco. Dice Conejero que ha escrito cosas detestables y deleznales, que hay párrafos vampirizados de **Montaigne** y hasta de **Santa Teresa**.

Se sabía que Shakespeare se quedó con la copla de la Eneida. Pero a nadie le robó su desesperación, su delicadísimo y cruel talento. Lo peor no es copiar, sino copiar mal o que te pillen como a un estudiante atolondrado en los exámenes.

¿No es el plagio preferible a la vulgaridad, a la avilantez, a la estulticia, a la cursilería?